

parece llevar una insistencia implícita de que el individualismo y la fe, la historia y el cristianismo, racionalismo y religión, son, en esencia, irreconciliables, y uno se pregunta si con una tal concepción se podría abarcar a Unamuno para valorar adecuadamente su obra.

JOHN BUTT

King's College, London

(*Bulletin of Hispanic Studies*, Vol. XLVII, n.º 4, Octubre 1970)

GEOFFREY RIBBANS: "*Niebla*" y "*Soledad*". *Aspectos de Unamuno y Machado*. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid, Editorial Gredos, 1971; 332 pp.

No hay síntomas de desmayo en la persistente vigencia de nuestros noventayochistas, vena inagotable de fecundas incitaciones para la crítica. Apagados apenas los ecos de los centenarios de Unamuno y Valle-Inclán, siguen apareciendo nuevos títulos, y es de esperar una nueva avalancha bibliográfica con motivo de los inminentes centenarios de Baroja y Azorín.

Y a nadie se le oculta que por esta misma abundancia de bibliografía, escribir hoy sobre algún aspecto del 98 entraña seria y arriesgada responsabilidad. Cuando se transita por terrenos tan concurridos, es preciso llevar muy firme el paso para que la propia huella se perciba clara y distinta. El caso es infrecuente. Por eso es un verdadero placer encontrar, en medio de tanta ligereza, el rigor y la ciencia de un libro como el de G. Ribbans, convincente prueba de que hay mucho que estudiar todavía en los escritores del 98: aspectos nuevos que pasaron desapercibidos, lugares comunes que deben ser revisados, y, sobre todo, multitud de ideas comúnmente admitidas, y que parecen ciertas, pero en las que nunca se ha profundizado.

G. Ribbans es, como se sabe, uno de los más destacados representantes del hispanismo inglés. Dirige el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Liverpool, y en las principales revistas del ámbito hispánico (sobre todo en el *Bulletin of Hispanic Studies*), ha dado testimonio de su quehacer científico. Precisamente el libro que reseñamos está integrado, en su mayor parte, por artículos aparecidos en revistas hispánicas entre 1957 y 1965, y reelaborados ahora por su autor.

El primero de ellos se titula *Unamuno en 1899: el proceso de Montjuich y los anarquistas*. Dicho trabajo ofrece mucho más de lo que el título sugiere. No se trata, en efecto, de una erudita exhumación de un rincón de la peripecia biográfica de Unamuno. Hay todo un mundo de sugerencias e implicaciones magistralmente captadas y reveladas. En ese momento Unamuno ha superado su período marxista (bien estudiado ya por Blanco Aguinaga y Pérez de la Dehesa); su actuación durante el proceso es lealmente defensora de sus antiguos correligionarios; pero sus escritos de entonces, que siguen a la famosa crisis de 1897, demuestran un

claro distanciamiento respecto a sus pasados ideales. La crisis del autor en 1897, su actuación durante el proceso, los escritos que publica en ese tiempo (fundamentalmente el libro *Tres ensayos*), y la reacción de abierta crítica y ataque de sus contemporáneos de izquierda, son las coordinadas y materiales utilizados para esclarecer, minuciosa y matizadamente, no sólo un complejo momento espiritual de Unamuno, sino, sobre todo, su evolución política e ideológica.

Muy sugerente también, aunque de menor alcance, es el segundo trabajo, *Unamuno y "los jóvenes" en 1904*, que analiza las reacciones y críticas provocadas por un agresivo comentario de Unamuno sobre los jóvenes, publicado por E. Gómez Carrillo en *La Nación* y el *Mercure de France*. El asunto puede parecer episódico, y no muy relevante, pero no es así. En la polémica están implicadas dos cuestiones de interés: el problema de las relaciones entre 98 y Modernismo, dos movimientos coetáneos de difícil deslinde, por cuanto junto a claras divergencias hay zonas compartidas; y el problema de la existencia de un jefe de filas en el 98 (condición, según Petersen, para que haya generación), caudillaje que a veces ha sido atribuido a Unamuno, de manera tímida o decidida (G. Díaz Plaja). La disidencia de Unamuno respecto a los esteticismos de su época era ya bien conocida, y los testimonios aportados ahora insisten en ella; pero respecto al pretendido caudillaje de Unamuno, las conclusiones de Ribbans son de revisión y rechazo de tan simplificadora afirmación.

Siguen los trabajos *La evolución de la novelística unamuniana: Amor y Pedagogía y Niebla*, y *Estructura y significado de Niebla*. Este último es un análisis perfectamente consistente, que demuestra que *Niebla*, pese a pretender ser "novela a lo que salga", está concebida como un conjunto cuidadosamente delineado. Pero con todo personalmente prefiero el primero, por su gran dosis de novedad y sugerencia. Ribbans acepta la división ya establecida (Livingstone, etc.) entre *Paz en la guerra* y el resto de la producción novelística de Unamuno. Considera *Amor y pedagogía* como obra de transición, "que dista poco de ser un primer esbozo de los rasgos más esenciales de *Niebla*" (p. 87); estudia su génesis a través de cartas y artículos del autor, textos muy significativos que contienen claves de la evolución novelística unamuniana; detecta las posibles fuentes: el *Sartor resartus* de Carlyle (ya señalada por Clavería) y *El amigo Manso* de Galdós, antecedente no señalado hasta ahora; y termina con un análisis comparativo de *Amor y pedagogía* y *Niebla*, cuyas semejanzas argumentales, ideológicas y estructurales quedan perfectamente determinadas. Ambas novelas son muy distintas de las posteriores, que son "exponentes no ya del desarrollo de la personalidad, sino de la afirmación de esta, una vez formada" (p. 105), por lo que el crítico propugna que el término "novela" se reserve a las primeras, y para las restantes propone el de "novelas de pasión".

El carácter de transición de *Amor y pedagogía* ya había sido repetidamente señalado. Pero hasta ahora no se había estudiado de manera rigurosa su carácter "nivolístico", su entronque con *Niebla*.

* * *

Nuestra crítica no había prestado suficiente atención a la poesía temprana de A. Machado hasta fechas relativamente recientes (D. Alonso, R. Ferreres, R. Gullón...). Ahora le dedica Ribbans dos trabajos, que corresponden a sendas etapas: *Soledades* (1903), y *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907). La edición de 1903 ha permanecido muy olvidada, por estar refundida en la de 1907. Entre ambas, sin embargo, hay notables diferencias, pese a que el mismo Machado afirmó su esencial semejanza. En *Soledades* hay un heterogéneo conjunto de poemas, de desigual valor poético, donde coexisten tendencias diversas. Tendencias, temas, símbolos y procedimientos estilísticos son sometidos a clarividente análisis, mediante una rigurosa pulsación de los textos. Las conclusiones tienen el mérito, si no de la novedad (más que revisar, confirman; no cabían las sorpresas), sí de la profundidad y consistencia.

El segundo de los estudios citados (inédito hasta ahora), dedicado a la segunda etapa (*Soledades. Galerías. Otros poemas*), es a mi juicio, decisivo, por la mucha luz que proyecta sobre la trayectoria poética de A. Machado. Pienso que su cita será obligada en adelante para cuantos traten de la evolución del poeta.

Este segundo libro de Machado ofrece una nueva visión: temas que cobran nueva vida, tendencias sólo esbozadas antes que ahora florecen, facetas que no tenían precedente... Mediante un riguroso cotejo (no hecho hasta ahora) con la edición de 1903, "asistimos a un momento de máxima envergadura dentro de la evolución del poeta y presenciamos algunos de los cambios fundamentales de su poética que arrancan de estos años decisivos" (p. 181). Al proceso de interiorización (del que la subjetivización del paisaje es un aspecto más) que culmina en ese mundo de puros símbolos que son las galerías, sigue una evolución de signo opuesto que conduce a *Campos de Castilla* y la poesía posterior. A Machado ya no le sirven, o al menos no le bastan, la contemplación de su propia alma, ni el culto al misterio. Las nuevas actitudes, los nuevos criterios, podrían sintetizarse en ese lema de "amar la vida y odiar el arte". Se trata, pues, de un proceso de exteriorización que se gestaba desde tiempo atrás (las cartas y demás textos aducidos por Ribbans son muy significativos); un proceso hacia una mayor autenticidad y objetivación, sin que se elimine lo personal; una actitud más abierta y solidaria con el mundo, que aleja al poeta del "intimismo egocéntrico" de las galerías. Los síntomas de este proceso, de este "creciente compromiso con la vida" son el esfuerzo por

autoanalizarse más objetivamente, el retorno a la anécdota y la descripción, y la aparición de la veta folklórica.

La influencia de Verlaine en Antonio Machado se titula el tercero de los estudios dedicados al poeta. Reiteradamente se ha negado (H. Jureschke, Díaz Plaja...) la influencia del poeta francés sobre el castellano. Dicha negación proviene quizás de que los críticos que buscan ilustrar el carácter noventayochista de Machado, consideran su labor a partir de *Campos de Castilla*, y apenas prestan atención al resto, olvidando sobre todo la primitiva edición de *Soledades*, que marca un momento de indecisión del poeta. "Yo sostengo —afirma Ribbans— que Verlaine ejerció una influencia poderosa y difusa en la poesía de aquella época, y que el fin del período, allá por el año 1903, está marcado por el radical cambio de actitud respecto a Verlaine; éste tiene, por tanto, una significación especial en la formación de Machado" (p. 256). El análisis nos muestra dichas influencias o reminiscencias verlainianas (la tendencia "parnasiana" del joven Machado, la más floja de su poesía, y que luego rechaza por completo; el "paisaje interior", o interpretación de la naturaleza como estado de alma; el tema de la fatalidad, etc.), así como el peculiar tratamiento a que las somete el poeta castellano, con claras divergencias respecto al modelo. Machado va depurando la aportación modernista, despojándose de lo superfluo, "hasta quedarse con unos pocos temas e imágenes —tan parcos como hondos— adecuados a su escueta finalidad simbólica" (p. 287).

El libro concluye con el artículo *Unamuno y Antonio Machado*, en el que se funden los dos autores estudiados a lo largo del volumen. Ello obedece, quizá, a la intención de dotar a la obra de una final unidad o coherencia exterior y visible.

Las relaciones de ambos escritores nos son bien conocidas tras la monografía de Aurora de Albornoz, pero G. Ribbans se limita a estudiar el 1903-1905, y al acotar así el campo de su atención, amplía y profundiza en los detalles y trascendencia de dichas relaciones. Las convergencias ideológicas son apreciables en ese momento de abierta amistad, en que Unamuno es, en cierta medida, confidente y maestro para el joven Machado, en cuya evolución pudo ejercer influencia.

Nuestra escueta reseña no pretende ni puede ser inventario completo de los logros del libro. Digamos pues, como balance final, y pecando de demasiado generales, que el resultado nos parece totalmente positivo. Llama la atención la siempre fecunda erudición del autor; la seleccionada riqueza de pruebas textuales y bibliografía, y el empleo lúcido y científico que de ellas se hace. El tono caracterizador del libro lo dan esa profundidad y rigor. Muchas ideas, hasta ahora ligeramente lanzadas y sostenidas, salen científicamente comprobadas; hay juicios que quedan revisados y enmendados; y no falta una cierta dosis de absoluta novedad.